

**CARACTERIZACIÓN DE LOS PAISAJES CULTURALES. UNA VISIÓN EVOLUTIVA**



La ciencia del paisaje aparece en Rusia a finales del siglo XIX como resultado de la necesidad de colonizar nuevas tierras, planteando el concepto de paisaje como un método geográfico cuya función será la de abordar la relación universal existente entre los diversos elementos del medio y su subordinación en el espacio (Frolova, 2001). Los rusos utilizaron la palabra alemana *Landschaft* para definir el objeto de estudio del paisaje “...presentado como un grupo de objetos y de fenómenos que se repiten regularmente sobre la superficie terrestre...” manifestados como una “...organización estructurada del espacio geográfico.” (Frolova, 2001). Aunque se buscaba la aplicación eminentemente práctica de estos estudios –como encontrar soluciones a las malas cosechas y hambrunas derivadas de las fuertes sequías de finales del siglo XIX–, se plantea por vez primera que cada zona geográfica debe ser entendida como algo genético, con una evolución histórica propia en la que han interactuado la vegetación, el relieve, la geología, el clima y la actividad humana.

Desde inicios del siglo XX se empezará a entender el paisaje como el resultado de la interacción entre el medio natural y la actividad humana, hablándose ya de “paisaje cultural” cuando el medio natural es transformado por el hombre. Por tanto, el estudio de las huellas de esa transformación deberá partir de la observación del medio para entender el porqué de su estructuración espacial antropizada: los valles de ríos y barrancos se convertirán en las vías de comunicación naturales que, en su uso y adecuación continuada, acabarán por estructurar verdaderos ejes viarios a lo largo de los cuales se crearán nuevas zonas de hábitat; el establecimiento permanente o temporal de estas zonas de hábitat, estará en ocasiones condicionado por estrategias de subsistencia que determinarán los factores de selección para su ubicación: predominancia en la ocupación de las zonas de solana frente a las de umbría, control de áreas productivas, explotación de recursos hídricos, control del paso de ejes viarios, explotación de recursos complementarios, factores estratégicos, etc.

Así, el estudio del paisaje requiere del análisis previo de las fuentes cartográficas existentes: mapas históricos, mapas topográficos, fotografía aérea, ortofotos, mapas geológicos, de usos del suelo, mapas catastrales, actas de deslinde y toda aquella documentación histórica y arqueológica que pueda aportar datos al respecto. Las ediciones de mapas de los últimos cincuenta años son muy útiles en zonas como la que nos ocupa, ya que nos permite observar cambios recientes de las áreas de producción agrícolas, creación o crecimiento de núcleos de hábitat y modificaciones de ejes viarios, transformaciones intencionales sobre el relieve, evolución de la línea de costa, etc. Uno de los aspectos derivados de este análisis cartográfico será la obtención de abundantes datos toponímicos que deberán ser contrastados con la documentación histórica y sobre todo con la información oral para su mejor ajuste y corrección. Este trabajo de contraste de las fuentes toponímicas es fundamental ya que los topónimos pueden variar en ciertos aspectos (lingüísticos, de ubicación, desaparición por desuso, cambios de nombre, etc.) en las diferentes fuentes cartográficas y documentales y pueden aportar abundantes datos relacionados con ubicación de lugares, usos y actividades perdidas, etc., sobre todo cuando utilizamos esta herramienta de investigación en la interpretación de los paisajes de época histórica.

Obviamente no existe una única forma de abordar el estudio del paisaje y por ello, su análisis se realiza a menudo desde ópticas concretas, ligadas al enfoque aplicado por el investigador, o investigadores, que participen en dicho estudio. Así por ejemplo, un enfoque que busque evidencias relacionadas con la evolución histórica de la transformación antrópica del medio en un área concreta, será observado bajo líneas de investigación previamente definidas con el fin de obtener modelos de interpretación que puedan ser aplicados a otras áreas similares. Desde el estudio de la estructuración actual del espacio, podremos obtener datos a partir de la distribución parcelaria y observar en ocasiones sus trazas fósiles; así, su adecuación a los ejes de comunicación consolidados y a la propia orografía constituye frecuentemente una ordenación estructurada que nos permitirá obtener datos históricos sobre los paisajes, sobre todo si tenemos en cuenta que “...las sucesivas etapas del poblamiento y los distintos sistemas agrarios tendieron a reutilizar una y otra vez las mismas redes viarias, los mismos parcelarios y la misma forma del hábitat.” (Tello, 1999, 202). Por tanto, el trabajo de campo debe contemplar un análisis de aquellas evidencias que pueden responder a la delimita-

ción de estos espacios; así, las áreas de dispersión de materiales arqueológicos en superficie nos pueden llevar a documentar lugares de hábitat, de enterramiento, etc., pero también pueden revelar otro tipo de espacios: por ejemplo, las labores de abono de los campos generan amplias dispersiones superficiales que, en ocasiones, son interpretadas como zonas de hábitat (se habla en general de alquerías, villas, poblados, etc.) cuando en realidad estamos documentando espacios productivos. La identificación de restos arquitectónicos, tanto antiguos como recientes, incluyendo los bancales, los sistemas de riego tradicionales, de transformación (hornos de cal, carboneras, molinos, batanes...), simbólicos o de culto (ermitas, cuevas sacralizadas...), las "...arterias primarias de comunicación..." (Buxó, 2006, 2), la identificación, estructuración y evolución de los espacios urbanos actuales, etc., nos pueden aportar abundantes datos sobre el establecimiento de diversos tipos de lugares con una ocupación permanente o temporal, –de hábitat, culturales, almacenamiento, aprovechamiento de recursos, estratégicos...– que pueden ser temporalmente acotados. La pervivencia o no de estos lugares a lo largo de diversos periodos, así como sus cambios, nos permitirá analizar las pautas básicas de la evolución y construcción de los diferentes paisajes que se han ido sucediendo, así como las diferentes estrategias adoptadas por las comunidades que los han generado o reutilizado. Desde el análisis arqueológico, todos estos datos pueden servir para establecer modelos predictivos útiles, no solo en el campo de la investigación, sino también en el de la gestión y prevención de riesgos sobre el patrimonio arqueológico (González-Villaescusa, 2006b, 35).

Ahora bien, el paisaje analizado siempre será el resultado final de una evolución constante que ha superpuesto trazas, ha modificado espacios y ha hecho ilegibles paisajes anteriores, por lo que una investigación encaminada a analizar el paisaje como el resultado de su propia evolución requerirá del concurso de investigaciones multidisciplinarias con el fin de intentar reconstruir los diferentes paisajes que se han ido sucediendo. Así, la plasmación final de los datos recopilados podrá ser expresada espacialmente a través de su cartografiado y podrán ser analizados y gestionados mediante un sistema de información geográfica. Los datos que se vayan obteniendo a lo largo del proceso de investigación –verificación y delimitación de restos arqueológicos, análisis palinológicos, sedimentológicos, geomorfológicos, etc.– deberán ser incorporados con la finalidad de obtener modelos de análisis que nos permitan aproximarnos a las técnicas de aprovechamiento y explotación de los recursos y llegar a "...disponer de diversas estimaciones de coeficientes técnicos que son susceptibles de traducción a unidades de superficie para calcular sus respectivas "huellas ecológicas." (Tello, 1999, 208). Con ello, desde el punto de vista productivo o de la mera subsistencia, se podrían observar pautas ante los momentos críticos –agotamiento de determinados recursos por sobreexplotación, salinización, abandono de tierras en periodos conflictivos, etc.– y contrastarlos con periodos de estabilización –detección de nuevos recursos, aprovechamiento, generación de excedentes para su comercio, etc.– y cómo se ha traducido en el paisaje de cada periodo. Estos cambios sobre el medio, supuestamente, han tenido que dejar huellas visibles en el paisaje actual que, a través de las investigaciones arqueológicas y de los estudios multidisciplinarios podrían ser identificadas, documentadas y analizadas. Así pues, un correcto análisis del paisaje actual "...nos puede reflejar el alcance y las formas de las huellas ecológicas de las sociedades humanas del pasado y el presente" (Tello, 1999, 198). Obviamente este tipo de enfoque metodológico presenta como dificultad su dependencia directa del desarrollo de las investigaciones de campo y del gran número de datos cuantificables a barajar que, como más abajo veremos, depende en gran medida de la casualidad del registro arqueológico y puede llegar a modificar nuestro modelo de interpretación.

En los últimos años, desde la arqueología se han venido realizando diversos estudios que intentan dar un nuevo enfoque al análisis de las transformaciones antrópicas sobre el medio. Una visión de esta nueva tendencia y de cómo ha sido aplicada por los diferentes investigadores en las últimas décadas nos la ofrece R. González quien, no obstante, ya apunta que "...el paisaje sufre un efecto de moda." (González-Villaescusa, 2006b, 28).

Evidentemente la arqueología, como acción desarrollada por diversos equipos de investigadores, se ve inmersa en las tendencias socio-culturales de cada momento. Concebida como una herramienta más para la interpretación histórica, se ve influenciada por los cambios del pensamiento social y procura adecuarse a las corrientes de pensamiento de cada momento (Criado, 1993; Hernando, 1999; González-Villaescusa, 2006a; Glick, 2007; Soler, 2007; Rojo, Kunst, Garrido *et alii*, 2008). Obviamente no es un caso aislado; los estudios geográficos, sociológicos, antropológicos,

historiográficos y todos aquellos que de una manera u otra están relacionados con el estudio de las sociedades, de sus modos de vida, de producción, los espacios en los que se han desenvuelto y la cultura material legada, han ido adaptándose a las nuevas tendencias como reflejo del pensamiento en las que se han desarrollado. Así, dejando atrás la visión puramente historicista, se están creando nuevas tendencias de investigación sobre los efectos que las diferentes comunidades han ocasionado sobre el medio en el que se han desarrollado (individuo-medio/medio-individuo), aplicando perspectivas novedosas que consideran el paisaje como “...*parte activa del utillaje cultural...*”, y que permiten introducir en el discurso aspectos tan fundamentales como “...*la experiencia o la percepción.*” (Soler, 2007, 50). En este sentido, los datos analizados permiten realizar un gran número de observaciones de tipo cualitativo, derivadas de la interpretación de las acciones y percepciones singulares del individuo en su interacción con el medio a través del tiempo; en este apartado, aspectos como las creencias y rituales, las estructuras sociales internas y sus relaciones para con el exterior, el poder y la coerción, el reparto del trabajo, la resistencia individual o la rebelión colectiva..., en suma, todos aquellos aspectos del pensamiento socio-cultural que acaban siendo motores de los cambios históricos, no pueden ser obviados por su difícil inferencia desde los restos arqueológicos. El registro de los datos cuantitativos puede llegar a revelar pautas recurrentes, que son percibidas por el investigador como el resultado de acciones intencionales y formalizadas, como evidencia inmaterial del registro que se documenta sobre espacios físicos tangibles y que permitirán plantear la existencia de un paisaje creado culturalmente y que se revela como “...*una construcción simbólica.*” (Soler, 2007, 51).

El individuo, como ente a la vez individual y colectivo, huye del caos, y su propia racionalidad genera un orden, una estructuración organizada de los espacios a los que otorga significación propia a través de las actividades, cotidianas o no, que se convierten en recurrentes y se perpetúan en el tiempo gracias a la transmisión del conocimiento, de un saber heredado a través del aprendizaje de realidades basadas en la experiencia de generaciones anteriores, hasta acabar por convertirse en hábitos o costumbres enraizadas en una comunidad, a las que llamaremos tradición. El espacio pues, no es un lugar físico en el que algo acontece, sino que lo observaremos como un ente intangible que se crea de modo diferente según la percepción que la racionalidad adquirida por el individuo le otorgue.